Detrás de cada racimo de fruta fresca



Entre las hileras de una plantación de palma aceitera, tan ordenadas como las filas de los soldados de la Compañía colonial, se ve a las trabajadoras esparcir el «alimento» que mantiene las palmas fértiles, grandes y robustas, y les permite producir racimos de fruta fresca, conocidos por las siglas indonesias TBS.

Sus manos delicadas se mueven como si bailaran, repartiendo fertilizante a derecha e izquierda. Pero detrás de esos movimientos aparentemente hermosos hay una carga nada ligera: deben esparcir 600 kilogramos de fertilizante en una sola jornada, por un salario de apenas unas 130.000 rupias indonesias al día.

Las sostiene la necesidad de que no falte comida en casa, de alimentar bien a sus hijos, de comprarles lo necesario para la escuela y de pagar sus estudios. Eso es lo que tienen presente mientras trabajan.

Otra mañana igual

Todavía no ha terminado de amanecer y ella ya está despierta. Prepara algo de comida para llevar, se asegura de que sus hijos desayunen y sale caminando hacia la plantación. Lleva unos guantes cada vez más desgastados. La espera un saco de fertilizante que tendrá que echarse a la espalda.

Ese día, la meta ya no es de 600 kilogramos. El capataz anuncia una novedad que suena a bendición: más superficie, más fertilizante y una meta que sube a una tonelada. A cambio, dicen, habrá una prima adicional.

Ella se limita a asentir. No porque esté segura de que el dinero vaya a alcanzar, sino porque negarse no es una opción sencilla. Hay cuotas que pagar, gastos escolares y necesidades de la casa que no conocen los días de descanso.

Un cuerpo mal pagado

Una tonelada de fertilizante no es solo una cifra. Significa levantar, transportar, abrir sacos, verter y esparcir decenas de veces. Significa medir los pasos no por la distancia recorrida, sino por las palmas que hay que atender una a una.

Su espalda empieza a acostumbrarse al dolor. Las manos antes suaves se han vuelto ásperas por el roce de los sacos, el fertilizante y la intemperie. Sus pies conocen el barro, las raíces y un recorrido que nunca termina del todo.

En la oficina, sin embargo, esa cifra quizá no sea más que un objetivo de producción cumplido. En casa, es arroz sobre la mesa, uniformes dignos para sus hijos, los libros que necesitan y la esperanza de que su futuro no tenga que repetir el de su madre.

Lo que no se ve

Lo más peligroso es precisamente el daño que no se ve. El dolor de espalda se considera normal. El cansancio, parte del trabajo. A la tos, los mareos o la irritación de la piel se les suele restar importancia porque «ya se pasarán».

Sin embargo, la aplicación de fertilizantes pone a las trabajadoras en contacto directo con abonos y sustancias químicas, mientras que los equipos de protección individual y los controles médicos rutinarios suelen ser insuficientes. Además, las trabajadoras de las plantaciones de palma suelen estar contratadas como jornaleras eventuales, con salarios bajos, inestabilidad laboral y una protección social limitada.

Nadie calcula cuántos años podrá resistir su cuerpo. Nadie pregunta qué sucederá cuando su espalda ya no pueda sostener un saco. Cuando llegue ese momento, quizá se limiten a decir que ya no es productiva.

La trampa de las primas

Las primas se utilizan a menudo para justificar el aumento de las metas. Parecen una recompensa, pero pueden convertirse en una trampa: se obliga a las trabajadoras a trabajar más tiempo y con mayor esfuerzo a cambio de un pequeño ingreso adicional.

Así, no solo aumenta la cantidad de fertilizante que deben esparcir. También aumentan las horas de trabajo, el riesgo de lesiones, el agotamiento y la deuda que se acumula en el cuerpo y que la propia trabajadora pagará con su futuro.

Cuando el dolor se vuelve «normal»

Poco a poco, ese dolor deja de llamarse dolor. Pasa a formar parte de la mañana, del camino a la plantación y de la noche antes de dormir.

La tos se atribuye al tiempo. El picor, al calor. Los mareos, a la falta de sueño. Sin embargo, las trabajadoras que aplican fertilizantes y fumigan corren el riesgo de exponerse a sustancias agroquímicas, mientras que los equipos de protección individual, las instalaciones para lavarse y los controles médicos periódicos suelen ser insuficientes.

Cuando el dolor se vuelve «normal», la empresa no tiene que asumir responsabilidades. Cuando el cansancio se considera «lo esperable», el Estado no siente la necesidad de intervenir.

La noche después de una tonelada

Esa noche vuelve a casa con un paso que ya ha perdido su ligereza.

Puede que el saco de fertilizante esté vacío, pero la carga no ha desaparecido. Sigue pegada a su espalda, se extiende por la zona lumbar y se instala en una columna que empieza a negarse a ser ignorada. Se sienta en el umbral, conteniendo la respiración, como si temiera que, al quejarse lo más mínimo, el mundo fuera a exigirle todavía más a la mañana siguiente.

En sus manos quedan restos de fertilizante que no desaparecen por mucho que las lave. Ese olor penetrante parece querer recordarle: hoy tu cuerpo ha servido a la plantación, no a ti misma.

Se mira las palmas de las manos. Antes suaves. Ahora ásperas, secas y llenas de pequeñas heridas de las que nunca ha hablado con nadie. Las manos que antes cargaban a sus hijos llevan ahora, con más frecuencia, sacos de fertilizante. Las manos que antes preparaban la comida para la escuela siembran hoy esperanzas entre las hileras de palmas.

Los niños duermen

Dentro de la casa, sus hijos duermen.

Uno abraza con fuerza una almohada. Otro todavía lleva el uniforme, que el cansancio no le ha dejado quitarse. Sobre la mesa hay libros, un lápiz cada vez más corto y unos zapatos escolares con las suelas cada vez más gastadas.

Se acerca despacio. Vuelve a cubrir a su hijo, que se ha destapado. Le acaricia el pelo con las yemas de unos dedos que aún siente pesados.

«Mañana mamá vuelve a trabajar», susurra, casi sin que se la oiga.

No lo hace para que la elogien. Tampoco para que sientan lástima por ella. Solo quiere que sus hijos se levanten por la mañana, desayunen y vayan a la escuela sin sentir que les falta nada.

Para ella, una tonelada de fertilizante no es una cifra. Es el dinero de la escuela. Es el arroz de la casa. Son las medicinas cuando un hijo enferma. Es la forma más dura de decir: «Mamá os quiere».

La oración que lleva a la plantación

Cada mañana, antes de salir, reza de una manera sencilla.

Pide que el camino a la plantación no esté demasiado resbaladizo. Que el saco no pese demasiado. Que no haga demasiado calor. Que sus manos tengan fuerza. Que sus hijos estén sanos. Que no falte comida en casa. Que esa noche todavía pueda volver.

Su oración nunca es larga. Apenas unos segundos, mientras se ajusta el cinturón y se echa el saco de fertilizante a la espalda.

Después echa a andar.

Hacia una plantación que no conoce el cansancio. Hacia unas metas que nunca bastan. Hacia una prima que siempre parece lejana. Hacia el futuro de sus hijos, que tiene que comprar con sudor, dolor y un tiempo que nunca volverá.

No dejemos que desaparezcan entre las cifras

No basta con que las empresas aumenten las metas y prometan primas. Deben garantizar objetivos de trabajo realistas, un salario diario digno, equipos de protección individual adecuados, controles médicos periódicos y una cobertura sanitaria y de seguridad social laboral que llegue de verdad a las trabajadoras.

El Estado no puede limitarse a observar mientras las trabajadoras soportan una carga que deteriora su cuerpo poco a poco. La inspección laboral del sector de la palma aceitera debe velar por que la seguridad en el trabajo, los salarios y las relaciones laborales dejen de ser carencias que se repiten una y otra vez.

Las palmas seguirán creciendo. La fruta seguirá cosechándose. Los informes seguirán registrando toneladas, primas y metas cumplidas.

Pero no dejemos que esa mujer desaparezca entre las cifras. Que su dolor de espalda no quede reducido a una historia que se cuenta por la noche. Que el picor de sus manos no se considere algo sin importancia. Que sus hijos no reciban únicamente lo que queda de una madre cuyo cuerpo sigue siendo consumido por el trabajo.

Porque detrás de cada racimo de fruta fresca hay una madre que soporta el dolor. Detrás de cada saco de fertilizante hay una esperanza sostenida por una espalda encorvada. Detrás de cada rupia de salario diario hay un hijo que espera en casa, deseando que su madre regrese sana y salva.

No es una máquina. No es una cifra de producción. Es una mujer, una madre y una trabajadora con derecho a una vida digna, no solo a trabajar hasta que su cuerpo ya no pueda

más.